

Diario de un activista (vegano)

Acciones y pensamientos
por los derechos animales
y la liberación animal

.....

Óscar L. Sánchez

Prólogo de Alejandro Palomas



diversa

¿Te has preguntado alguna vez qué es el veganismo? El veganismo es comprender que existe una injusticia y rechazarla. Convivimos con perros y gatos, y nos despiertan ternura los vídeos de algunos animales que podemos encontrar por internet, pero ¿cuál es en realidad nuestra relación con la mayoría de animales? Lo más habitual es que nos los comamos o los usemos para vestirnos, que compremos productos cosméticos que han sido testados en ellos, montemos a caballo o vayamos a zoos, acuarios... Lo cierto es que la sociedad ha normalizado tanto el uso de animales no humanos para nuestro beneficio que no los vemos como víctimas de ninguna injusticia, pero ¿el uso que hacemos de ellos es un acto moralmente aceptable?

En este libro, Óscar L. Sánchez nos propone reflexionar sobre la relación que tenemos con los animales no humanos y además nos muestra, desde dentro, cómo son las vigiliadas, cubos, rescates o irrupciones, para conocer en primera persona algunas de las acciones que llevan a cabo los activistas por la liberación animal.



Diario de un activista (vegano)

Acciones y pensamientos por los derechos animales y la
liberación animal

Óscar L. Sánchez

www.diversaediciones.com

Diario de un activista (vegano)

© 2020, Óscar L. Sánchez

© 2020, Diversa Ediciones

EDIPRO, S.C.P.

Carretera de Rocafort 113

43427 Conesa

diversa@diversaediciones.com

ISBN edición ebook: 978-84-18087-11-0

ISBN edición papel: 978-84-18087-10-3

Primera edición: noviembre de 2020

Diseño y maquetación: Diversa Ediciones

Ilustración de cubierta: © Cristina Roes

Todos los derechos reservados.

www.diversaediciones.com

Índice

<u>Prólogo</u>	
<u>Antes que nada...</u>	
<u>CAPÍTULO 1. "Especismo" y "sintiencia"</u>	
<u>DIARIO DE... Una marcha antiespecista</u>	
<u>CAPÍTULO 2. Explotar animales es usarlos en beneficio propio</u>	
<u>2.1. Consumo</u>	
<u>DIARIO DE... Una irrupción</u>	
<u>2.2. Vestimenta</u>	
<u>DIARIO DE... Una vigilia</u>	
<u>2.3. Entretenimiento</u>	
<u>DIARIO DE... Un Empty the Tanks</u>	
<u>2.4. Transporte</u>	
<u>DIARIO DE... Un Tres Tombs</u>	
<u>2.5. Experimentación</u>	
<u>DIARIO DE... Un Cubo</u>	
<u>2.6. Otros tipos de explotación</u>	
<u>DIARIO DE... Un niño vegano</u>	
<u>CAPÍTULO 3. Liberación animal y los derechos animales</u>	
<u>DIARIO DE... Un rescate</u>	
<u>CAPÍTULO 4. Santuarios, el eje de la liberación animal</u>	
<u>DIARIO DE... Un santuario</u>	
<u>Para terminar...</u>	
<u>El autor</u>	

Con la compra de este libro colaboras con la Fundación El Hogar Animal Sanctuary. El Hogar es una organización que rescata y recupera animales víctimas de la explotación, educa en el veganismo y lucha por los Derechos Animales y contra el especismo.

Puedes conocer su labor en www.elhogar-animalsanctuary.org



A Cristina por cuidarme, quererme y aguantarme.

*Y a todos los animales que pasaron por mi vida.
Y a todos los animales que se fueron, se irán y a los que
salvaremos y liberaremos.*

Prólogo

Aunque llevo dos años siendo vegetariano y sintiéndome cómodo así, ayer ocurrió algo que me empujó a tomar una decisión postergada desde hacía meses. Seguramente mi proceso no tiene nada de original: un vegetariano más que da un paso adelante y termina como les ha ocurrido a muchos/as. Un proceso «lógico» y «esperable». Puede ser. Sin embargo, los procesos y los momentos son distintos para todos, y no siempre cuentan con el mismo final ni con idéntico fin. En mi caso, el veganismo responde, como ya me ocurriera en mi paso al vegetarianismo, a la lectura del libro que prologo con este texto y a la intensidad con la que su mensaje y contenido han ido resonando en mí desde que empecé su lectura. Reconozco, sin embargo, que no ha sido un proceso fácil. Leer *Diario de un activista (vegano)* ha sido un camino pedregoso en el curso del cual algunas veces he querido dar media vuelta, borrar lo leído y volver a la casilla de salida. Pero yo sabía. En cuanto empecé a leer supe que corría el peligro de estar enfrentándome a algo más que una lectura. Quizá por eso la retrasé todo lo que pude.

En mi caso, supongo que por defecto, una verdad leída es casi siempre una verdad que ya no puede ser desestimada. Leer *Diario de un activista (vegano)* ha sido, más que aprender, recordar, y eso es lo que duele y lo que se queda. Leer las cifras, los datos, lo que ocurre tras la pantalla de la falsa verdad que compramos para que nuestra conciencia transite tranquila por este mundo tan injusto y poco empático que hemos creado a la medida de lo

«humano» es la confirmación de lo que, en el fondo, todos/as nosotros/as sabemos. Es así. Sabemos la verdad porque no saberla es no estar aquí y el único modo posible de no estar aquí del todo es nuestra propia muerte. Mientras hay vida, no hay escapatoria. No hay forma de no saber y eso nos hace culpables a todos/as de lo que intentamos obviar.

Hablo de la tortura y hablo de la muerte. Hablo de permitir que individuos sintientes como nosotros nazcan programados para algo que nada tiene que ver con el disfrute de sus propias vidas. Hablo de esclavitud, de maltrato, de monstruosidad. Criar a un animal para comértelo dice mucho de quien así actúa, pero no solo de ese agente del proceso, sino de quienes intervenimos de un modo u otro en la cadena que se activa desde el embarazo obligado de una hembra hasta la temprana muerte de su cría. Criar para matar no es ecológico, ni natural, ni tampoco sostenible. Eso llega después. Ese es el maquillaje y el azúcar que amansa la conciencia. La ganadería hace eso: borra al individuo para convertirlo en un número. Luego, desaparecida su identidad, cuando lo individual ya no existe, desaparece la culpa. El ganadero dice de sí mismo que cría «ganado», o «cabezas de ganado» para dar de comer. No es cierto. Criar no es eso. Eso es fabricar comida con seres sintientes, utilizados única y exclusivamente para ganar dinero. Criar es velar por, cuidar, mimar, asegurar un futuro digno si no es que puede ser feliz. Criar es crear sobre un suelo de generosidad.

Y la esclavitud no es generosa. Es infame.

«No todos los ganaderos son iguales. No puedes comparar», he oído una y otra vez. Cierto. No puedo comparar porque no veo cómo hacerlo. No existe una ganadería mejor que otra. Y no la hay porque el fin es el mismo: usar individuos que sienten, empatizan, expresan cariño, necesidad, terror, compasión... para venderlos y llevarlos a su muerte. No importa que la explotación sea

pequeña o grande, ni que el trato sea exquisito. Se está criando a un ser que siente como sentimos nosotros/as para matarlo porque nuestra superioridad en el control del poder es mayor. Eso es perverso y está maldito.

El lenguaje. La perversión. Yo sé de eso, me dedico a eso, a formatear el lenguaje para provocar cosas, para proyectar y comunicar. Sé que es un arma maravillosa, casi mágica, quizá también una de las más letales. Y sé bien que el ojo que todo lo ve es un experto en el manejo de titulares. «Granjas», declara el ojo. Yo no sé qué son las granjas. O no sé qué debo suponer que son. ¿Fábricas de carne? Las palabras, en manos sucias, matan porque deforman las realidades hasta reconvertirlas en verdad.

Las granjas son, en esencia, campos donde se concentra a animales para su control. No son espacios naturales donde los animales viven en libertad hasta encontrar su muerte natural. Las granjas son estructuras donde se concentra a animales desde el día en que nacen para su engorde y venta. Son recintos donde se concentra a individuos en cautividad para explotarlos hasta su muerte. *Campos de concentración de animales*, si nos atreviéramos a llamar a las cosas por su nombre. A fin de cuentas, un campo de concentración es un recinto vigilado donde se hacina a una masa de individuos a los que se repudia por inferiores, por molestos, por pobres, por diferentes. El planeta es hoy un globo manchado de multitud de ellos. Son manchas sucias que nos quedan lejos aunque las tengamos cerca, porque no las vemos. Son la vergüenza que nadie quiere que hagamos nuestra.

Esclavizamos a seres que sienten y sufren lo indecible con nuestra bendición pasiva. Los comemos, los encerramos en zoos para... ¿para qué exactamente?, los convertimos en deporte, en espectáculo, en carne de anuncio. Concentramos el dolor sistemático en recintos cerrados, vigilados, siempre al amparo de una ley mordaza

que permite el dolor y la condena, pero no permite la queja ni el grito. Si duele, que nadie pueda oírlo.

Campos de concentración. Granjas. Fábricas de carne. Esclavitud animal. Vacas, cabras, yeguas, cerdas... inseminadas a la fuerza, violadas y condenadas a parir todos los años a hijos/as a los/as que ni siquiera pueden lamer u oler porque el bebé no importa, importa la leche, la carne, el producto. A poco más de diez kilómetros de mi casa hay un matadero con el logo de un cerdo sonriente sobre la gran verja de la entrada que cruzan a decenas los camiones llenos de cerdos gritando, aterrados, a todas horas, algunos sangrando por la boca porque se aferran a los barrotes que los aprisionan, otros silentes, paralizados. No quieren morir. Sienten. Sienten todo el rato, desde que son pequeños y lo único que oyen son los gritos de otros cientos de cerdos como ellos, masificados, concentrados para parir, dar carne, dar, dar, dar la vida a cambio de nada.

Estamos rodeados de campos de concentración. Son recintos cerrados, vallados, electrificados, en los que individuos confinados sienten que no quieren morir: los humanos —como los que se hacían en Grecia ahora mismo o los que viven en condiciones inhumanas en países como Qatar, llevados hasta allí en barcos desde Malasia, India y otros tantos países para trabajar en la construcción de grandes rascacielos de lujo— y los de animales. Concentramos la maldad en campos y les damos nombres tranquilizadores: granjas, campos de refugiados, explotación, macroexplotación... Mentira. Es mentira y la palabra es la gran aliada de la mentira. Creedme, sé de lo que hablo.

En breve empezaré mi nueva andadura como vegano y eso mejorará sin duda mi conciencia y también la imagen que tengo de mí, pero una vez más estaré aprovechándome de la poética del lenguaje. La realidad es que ser vegano es, a día de hoy —y como bien dice Gloria Steinem en la

gran serie *Mrs. America*—, «estar condenado a vivir siempre a la defensiva», obligado a demostrar y a justificar en todo momento que no estás equivocado. A mi edad, ya no hay tiempo ni ganas de justificar. La realidad, la peor, es que no basta con ser veganos/as y agradecer que los demás nos respeten. No es suficiente. A uno le llueven piedras cada vez que da un paso más y se atreve a mezclar en un discurso público a humanos y animales, como si los humanos no fuéramos animales. Rechazamos la comparación porque si la consintiéramos estaríamos reconociendo que nos comemos a nuestros iguales y eso, yendo un poco más lejos, equivale a decir que matamos a nuestros iguales para comérmolos previo engorde, tortura y asesinato. Rechazamos la comparación porque admitirla sería mirarnos al espejo y el espejo, ese espejo, nos devolvería la imagen misma de la vergüenza. Torturamos al indefenso. Esa es la triste imagen de lo que somos.

Hay que defender al que no puede hacerlo por sí mismo y hay que hacerlo ahora. Lloramos con la historia de un refugiado en una serie de televisión y cambiamos de canal cuando en el telediario aparecen imágenes de campos de refugiados que no deberían ser. Lloramos con la historia de un cerdito que intenta huir de una granja en la que está condenado a morir mientras nos comemos unas cortezas de cerdo o una hamburguesa con beicon. La realidad nos molesta y la ficción nos alivia. Alienados. Nos quieren alienados, desenfocando nuestra atención una y otra vez para que nada cambie.

Yo no veré una sociedad capaz de reconocerse en toda su animalidad. No veré un mundo del que pueda sentirme orgulloso ni una condición humana capaz de entender que el bien común debe primar sobre el interés individual. No estoy en el bando de los que confían en que poco a poco la sociedad mejora. Soy demasiado impaciente y demasiado radical en todo lo que concierne al sufrimiento de inocentes. Hasta que el ser humano entienda que la

sociedad no se limita a los habitantes humanos del planeta que ocupamos sino que debe incluir a todas sus formas de vida, hasta que no entienda que la única forma de destrucción consciente es la mano humana, poco va a cambiar esto en profundidad. Sé que yo no lo veré, pero sé también que hoy, ahora, después de una semana leyendo la obra de Óscar, siento que no puedo seguir siendo cómplice del horror, no me quiero llevar esto conmigo cuando me toque irme.

De momento, lo único que sí puedo decir es que este diario, el *Diario de un activista (vegano)* de Óscar L. Sánchez, me ha empujado a dar un paso que no podía esperar más.

He leído. He tragado saliva incontables veces durante su lectura. He sentido culpa, vergüenza y tristeza.

Y sí. Soy, a partir de ahora, un vegano más.

Gracias, Óscar.

Alejandro Palomas

Antes que nada...

Nunca me hubiera imaginado escribiendo este libro. En realidad, nunca me hubiera imaginado escribiendo un libro, ningún libro. Un libro de verdad, de los que se editan, maquetan y están a la venta en una librería. Si alguna vez he soltado alguna palabra viéndome como alguien que vive de escribir era solo y exclusivamente en modo irónico y utópico, por ubicarme en la situación de poder vivir donde quisiera y trabajar sin necesidad de moverme de casa. Como al niño que le preguntan qué quiere ser de mayor y contesta diciendo que quiere ser futbolista o astronauta. Y la utopía se mantendrá porque no ganaré ni un céntimo por lo que me corresponda de las ventas como autor, pues ese margen irá íntegro a la Fundación El Hogar Animal Sanctuary. Este fue el primer santuario de animales, vegano y antiespecista que pisé, con el que aprendí casi todo lo que sé. El que me abrió directamente una ventana para contemplar y resolver muchas incógnitas. El día que crucé su puerta por primera vez ya era vegano, pero aún me asaltaban dudas que solo podía disipar afrontándolas en primera persona, conviviendo con los animales, observándolos y entendiéndolos. Siendo consciente de dónde vienen, habiendo estado al servicio de otros y siendo consciente de dónde están, pudiendo ser ahora ellos mismos. El contraste de la esclavitud y la libertad. El cambio de escenario.

El veganismo es comprender que existe una injusticia y rechazarla.

Cuando me dicen que ser vegano, o ser vegana, es muy difícil, me sale la respuesta rápida de que más complicado es ser un animal que no puede organizarse, no puede rebelarse y no puede combatir su opresión, obligado a nacer y condenado a morir. Pero permitiéndome la posibilidad de ejemplificarlo de una manera más clara, me gusta poner un supuesto: veamos qué fácil es el veganismo si somos conscientes de nuestros actos y sus consecuencias. Imaginemos por un momento que vamos por la calle y vemos a un hombre pegando a un perro. ¿Cuál de las tres opciones siguientes sería el equivalente a ser vegano?:

1. Te acercas y ayudas al hombre a pegarle más al perro.
2. Miras pero pasas de largo, no pegas al perro pero tampoco haces nada para evitarlo.
3. Te acercas, no pegas al perro y además lo ayudas evitando que el hombre le pegue más.

Normalmente la respuesta que se da a este pequeño y sencillo juego es la C, sin embargo, la respuesta correcta es la B, la más simple y fácil, pues es la que verdaderamente no requiere esfuerzo alguno. Analicemos las respuestas.

En el primer caso somos consumidores de animales, vemos la explotación animal y además participamos en ella. Es lo que hace la mayoría de la sociedad, come animales o sus derivados, viste prendas de origen animal, va a zoos y circos con animales, monta a caballo o en medios traccionados por animales y compra productos testados en animales. Además lo tenemos interiorizado porque está normalizado, nos han educado a vivir así y a verlo como normal.

En el segundo supuesto somos veganos. Es el veganismo. Reconocemos la injusticia, lo que es incorrecto, y no participamos en ello. Fácil.

La tercera opción es la que denominamos «activismo», o lo que es lo mismo, «antiespecismo», una palabra que no se conoce demasiado y que vamos a exponer aquí. Vemos la injusticia de discriminar a otras especies y no solo no participamos en ella siendo veganos, sino que además luchamos contra ella siendo activistas. Si nos damos cuenta, las posibles respuestas están ordenadas siguiendo un proceso cronológico. Primero financiamos el uso de animales, luego lo dejamos de hacer y finalmente nos hacemos activistas luchando contra ello.

El veganismo es el rechazo a la explotación animal, en todos sus ámbitos y formas. Es estar en contra del uso de animales para nuestro beneficio. Pero rechazarlo no es combatirlo, y todas las injusticias han sido y deben ser combatidas. Es por ello que me gusta usar mucho la frase: «Veganismo para respetarlos, activismo para ayudarlos».

Así pues, cuando alguien quiere justificarse diciendo que ser vegano es difícil, o muy difícil, se le puede exponer este ejemplo. El veganismo es lo mínimo que se debe hacer para respetar a los animales, y aun así no es suficiente.

Este libro está destinado no tanto a gente ya vegana como a la gente que aún no lo es y que, puede que por miedo o desconocimiento, no dé el paso. También para toda aquella gente que, como me pasó a mí, cree defender a los animales pero no se plantea hacerse vegana por diferentes cuestiones. Aunque ojalá sirva este trabajo de ayuda a algunas compañeras y compañeros, reforzando su discurso para debatir y argumentar a favor del veganismo.

Tampoco pretendo aportar fundamentos ecologistas ni de salud, pues el ecologismo que conocemos busca soluciones para los animales pensando en las especies y no en los individuos. No soy nutricionista, así que dejo las explicaciones más profundas y científicas sobre los beneficios de una dieta 100% vegetal a los profesionales. El veganismo no es una dieta, es una reacción ética y política contra la opresión ejercida a los otros animales —nosotros

también somos animales—, y como consecuencia favorece la situación del planeta y muy posiblemente la salud de alguien con enfermedades generadas principalmente por el consumo de productos de origen animal.

Y menos aún quiero fomentar la empatía por los animales debido a las condiciones en las que son explotados, sino por los motivos y consecuencias que originan y suponen su explotación. Es fácil querer creer que los animales viven bien mientras se los explota, algo que es imposible. Explotar es usar, y el uso lleva al abuso. En algún momento del ciclo estarán visiblemente mal, o bien cuando se los obligue a entrar, o bien cuando se los obligue a salir, o bien cuando se las obligue a inseminarlas, o bien cuando se las obligue a separarse de sus hijos, o bien cuando se los obligue a robarles sus recursos, o bien cuando se los obligue a quitarles el pelo, o bien cuando se los obligue a cargar, o bien cuando se los obligue a hacerles experimentos, o bien cuando se los obligue a agonizar enfermos, o bien cuando se los obligue a subir al camión, o bien cuando se los obligue a bajar del camión, o bien cuando se los obligue a viajar, o bien cuando se los obligue a caminar por el pasillo del matadero, o bien cuando se los obligue a morir... Este libro no pretende concienciar por las condiciones, sino por las consecuencias.

Quiero hacer énfasis en que lo importante de entender que es injusto oprimir animales radica en que se los priva de libertad al considerarlos objetos para nuestro beneficio, y por tanto se los cosifica. También es verdad que ayuda el hecho de acompañar el mensaje con la verdad de lo que supone esta opresión y cómo tienen que pagar el precio de nuestro egoísmo, un egoísmo que dura siglos y siglos, y que ha llevado al colectivo animal no humano a ser el más oprimido en número y tiempo de la historia. Pero este conflicto histórico no se resuelve mejorando las condiciones de los animales, sino acabando con su explotación.

CAPÍTULO 1

«Especismo» y «sintiencia», dos términos que hay que conocer

Discriminación por especies

En muchísimas ocasiones he preguntado a las personas con las que dialogo o debato sobre veganismo si han oído alguna vez la palabra «especismo». Cuando les formulo esta pregunta a mis interlocutores es porque intuyo que no conocen el término, a tenor de cómo van desarrollando su línea argumentativa mientras hablan conmigo. Y como mucho, responden con un «me suena», pero normalmente lo desconocen.

No es habitual que alguien que esté familiarizado con el término «especismo» hable contra la obligación moral que debemos tener hacia todos los animales. Generalmente quien ha leído sobre su significado y origen es porque ha buscado información interesándose por todo lo concerniente a ello, y sin quererlo ha llegado a su definición. Al interesarse por ello la aprende fácilmente, además que le ayudará para sostener mejor su creencia en

favor de los animales. No es el caso de quienes reciben mi «maliciosa» pregunta en el momento que se la hago.

El especismo es la discriminación del resto de especies por considerarlas inferiores al no pertenecer a la nuestra. El término fue creado por el psicólogo, filósofo y activista por los derechos animales Richard D. Ryder en 1970. Su definición exacta fue: «Una discriminación moral basada en la diferencia de especie animal». El término fue aceptado e incluso ya utilizado más adelante en diversos libros, y llegó a la lengua castellana en 1979, traducido e impreso en el *Diccionario de filosofía* de Ferrater Mora.

La Real Academia Española añade dos acepciones para explicar su significado, que son:

1. Discriminación de los animales por considerarlos especies inferiores.
2. Creencia según la cual el ser humano es superior al resto de los animales, y por ello puede utilizarlos en beneficio propio.

Margar a un colectivo por ser diferente al que pertenece uno mismo se alinea con otro tipo de discriminaciones muy extendidas, y sobre todo entendidas, en nuestra sociedad actual. Podemos, y debemos, moralmente, equiparar el racismo, el machismo, el clasismo o el capacitismo con el especismo. Todos rezuman injusticia, no se pueden justificar porque no hay un motivo ético que sostenga que una mujer, por el mero hecho de no ser hombre, tenga una consideración moral inferior a la del hombre, o que una persona de una raza distinta sea solo por ello desde que nace alguien con menos derechos que una persona con diferente color de piel, o que alguien sin recursos sea menospreciado al lado de alguien que sí los tenga, o que alguien con diversidad funcional esté obligado a sufrir barreras sociales e institucionales y se considere que tenga menos derechos que otros con capacidades típicas. Esto pasa porque no somos una sociedad perfecta, pero que ocurra no quiere decir que esté bien. Y es

importante remarcarlo, porque «siempre se ha hecho así» o «esto siempre ha pasado» no justifica ninguna discriminación. Si nos basamos en la ética, en lo que es correcto y en lo que no, otorgar más o menos nivel de respeto a alguien por sus cualidades u orígenes no se sostiene.

Algunas personas no quieren asimilar estas analogías, porque se niegan a comparar personas (humanas) con animales (no humanos). Quizás de aquí se origina el primer error de concepto e interpretación, porque no se pretende comparar individuos oprimidos, sino las formas de opresión a los que estos son sometidos. El especismo priva de libertad llevando hasta la muerte a seres de otras especies que no son la humana, igual que el machismo priva de libertad a las mujeres e incluso también en muchos casos les quita la vida, como el racismo privó legalmente de libertad e incluso provocaba —y provoca— la muerte de muchas personas. Todas las discriminaciones tienen un patrón común: consideración de superioridad, cosificación, posición de fuerza, privilegios, beneficios... Y en consecuencia, falta de respeto, posición de indefensión, desconsideración, desigualdad, injusticia...

Los humanos hemos normalizado de tal manera la opresión hacia los animales que no los vemos como víctimas. Pero lo son. El especismo es el origen del uso de animales para satisfacer nuestros caprichos. No digo «necesidades», que es como en la mayoría de casos se justifica la explotación de los animales, sino «caprichos», porque en ningún caso hay necesidad de hacerlo. Necesidad como tal, para poder sobrevivir, como para poder decir que sin ello nos moriremos, no existe. En capítulos posteriores repasaremos los diferentes tipos de uso de animales para beneficio humano, y se podrá entender más fácilmente todo esto, invitándonos a llegar a la conclusión de que sin ellos podemos vivir sin ningún tipo de problema.

El especismo es considerar al resto de animales inferiores, y también considerarlos de nuestra propiedad. El sentido de propiedad niega la consideración de individuo al animal y lo convierte en objeto, lo cosifica. No lo ve como *alguien*, sino como *algo*. Más ejemplos de analogías para comprender que lo que hacemos con ellos no está bien son poner las siguientes dos frases juntas: «El perro es mío y hago con él lo que quiero» y «La maté porque era mía». Esta última la usó el autor de un asesinato machista, Remigio Vega Armentero, quien escribió en la cárcel el libro en el que explica cómo y por qué mató a su pareja. La primera también está mal vista porque hablamos de un perro, pero si cambiamos esa misma frase por: «La oveja es mía y la mando al matadero cuando me sea más rentable», quizás ya no se ve tan mal y la mayoría la interpretaría como lógica, porque desde siempre y también hoy en día se considera que una oveja está en este mundo para ser criada, engordada, «dar» leche y matarla cuando ya no sea rentable. Esto también es especismo, porque ponemos a un perro en un nivel moral superior que el de una oveja. Discriminamos a un animal con respecto a otro por el mero hecho de pertenecer a otra especie y por tanto darle una utilidad distinta. La relación cotidiana que conocemos de ambos con el ser humano es diferente, hemos interiorizado que los perros pueden acabar en nuestras casas y los corderos en nuestros platos.

En las dos frases anteriores se mata porque se cosifica al individuo. Se ejerce y se aprovecha una posición de fuerza, y quien lo hace rebaja al individuo al nivel de un objeto por el que le sacamos un provecho —económico, emocional, social, etc.— hasta el punto de verlo como suyo con el derecho de tratarlo —y por lo tanto de *maltratarlo*— a su antojo. E incluso quienes discriminan, cuando reconocen ver la discriminación, la ven justificada.

El especismo nos lo han enseñado desde pequeños. Tenemos que comer de todo, los animales son de granja, las

vacas son lecheras, el jamón nos lo da el cerdo o las gallinas nos ponen huevos. La educación es generalmente especista y la sociedad así lo asimila, de manera normalizada, pues nos encontramos con ejemplos especistas por todas partes. Ser especista no es culpa del especista. Todas las personas, como digo, hemos sido educadas en el especismo, pero este lo podemos desaprender. Lo importante es entender que existe, que es injusto serlo y que lo correcto es dejarlo. Tenemos que deconstruirnos en muchos ámbitos, y uno de ellos es el de la discriminación a los otros animales —recordatorio: nosotros también somos animales—.

Un ejercicio interesante, que además es un ejemplo muy claro de esto que estamos hablando, es el de pensar en las vacas lecheras. En infinitas ocasiones he podido plantear esta reflexión y en la mayoría de las ocasiones la respuesta es de asombro. Recomendando hacer la prueba cada vez que surja la oportunidad, mientras se habla del veganismo, el especismo y la explotación animal en general, en cualquier debate o conversación. Veamos: de niños ya nos inculcaban que las vacas nos dan leche porque son lecheras, y realmente lo que hay que entender es que si la vaca es lechera también lo es una cerda, o una perra, o una gata. Pero a nadie le suena «gata lechera», o «leona lechera», o «elefanta lechera». Y sin embargo todas ellas tienen la misma característica, y es que son mamíferos. Como el ser humano. Efectivamente, los humanos también somos animales mamíferos, y sin embargo no se enseña a decir «humana lechera». Mucha gente se asombra al caer en la cuenta de que lo de «vaca lechera» es un título inculcado para interiorizar algo que seguramente nos va a perseguir toda la vida: el consumo de lácteos. Un consumo que, por cierto, solo nuestra especie realiza fuera de la etapa de lactancia, y además procedente de animales que no pertenecen a nuestra especie. Somos el único animal que toma leche de otros animales, sin necesidad.

Cuando se hace comprender a alguien que su pensamiento es especista, aunque con buena intención, cualquier tono amigable puede ser doliente e incluso agresivo, por eso me aseguro de recalcarle que no estoy criticando a la persona, sino sus hábitos, y estos son siempre reconducibles. No debemos llamar a nadie «mala persona» por ser especista si no sabía que lo era. Ninguno de nosotros sabía que lo era hasta que nos lo explicaron detenidamente. Lo habitual es que alguien que acaba de conocer este término se interese más por la problemática con los animales, se informe adecuadamente y termine por tenerlos en cuenta para no seguir perjudicándolos.

Todos hemos sido especistas alguna vez. Algunas personas toda la vida, otras hasta un momento determinado de sus vidas. Se es especista en alguna ocasión inconscientemente, incluso siendo antiespecista, igual que se tienen actitudes machistas ocasionales aunque se tenga una conducta generalizada en el día a día de respeto hacia las mujeres. Son los conocidos micromachismos. Lo mismo ocurre con el racismo; hasta las personas más antirracistas pueden tener un ramalazo discriminatorio hacia otras personas en un momento dado. Es bueno ser conscientes de ello y apoyarnos en la autocritica a la hora de cuestionarnos y rehacernos en nuestros actos. Tenemos tan interiorizadas, por nuestra cultura y sociedad, todas estas discriminaciones —como puede ser con el lenguaje—, que a veces es imposible controlarlas. Este es un claro ejemplo de que no terminamos de sacudirnos del todo una educación machista, racista o especista. Hay ejemplos claros:

«Con dos cojones» = machista.

«Trabajar como un negro» = racista.

«Eres un subnormal» = capacitista.

«Matar dos pájaros de un tiro» = especista.

«Mira ese con las rastas de pelo sucio» = clasista.

Son ejemplos sencillos, cotidianos, expresiones que cualquiera puede decir, o hemos dicho muchas veces, e incluso podemos seguir diciéndolas aún. Convivimos con discriminaciones que se han normalizado de tal manera que no se ven, muchas veces porque no queremos verlas. En mi opinión, deconstruirse es un ejercicio infinito, no finito. Es necesario ser consciente del defecto y trabajarlo para que se corrija. El lenguaje es un arma muy poderosa.

El especismo también se emplea de manera muy selectiva. No es solo una marginación generalizada hacia el resto de animales, comiéndolos, vistiéndonos con ellos, pagando entradas para verlos, montándolos, divirtiéndonos a su costa o comprando productos que son testados en animales. Muy a menudo elegimos entre ellos por afinidad, belleza o simple simpatía, decidimos sobre sus vidas de manera caprichosa dependiendo de a qué especie pertenecen. Hay animales con la etiqueta generalizada de «asquerosos» como las ratas o las cucarachas. Otros, sin embargo, suelen caer simpáticos, como los caballos, los canguros o los koalas. Toda generalización acarrea injusticia, pero entiéndanse los ejemplos para poner en contexto la exposición. Es más, otro caso es el de las hormigas, que pueden caer bien por su entramado sistema de organización, pero a quienes matamos a golpe de insecticida de manera masiva. Un rociado de espray supone matar decenas o centenares de individuos. En lugar de adelantarnos y buscar repelentes para evitar encontrarnos con el problema, cuando nos llega vamos a la solución fácil y típica: matar.

No, los animales no son inferiores, no son de nuestra propiedad y no están aquí para servirnos. De la misma manera que las mujeres no son inferiores a los hombres, ni son propiedad de los hombres, ni están aquí para servirnos a los hombres, y los negros no son inferiores a los blancos, ni son propiedad de los blancos, ni están aquí para servirnos a los blancos.

A día de hoy se tiene claro que el machismo mata, del mismo modo que el racismo mata. Por lo tanto, es fundamental ser conscientes de que el especismo también mata. De hecho, el colectivo animal —no humano— es el más oprimido en número de individuos de toda la historia, pues se mata a más de diez millones de animales al día para su explotación. Yo, cuando conocí este dato, tuve claro que no quería formar parte de este sistema. Porque la explotación animal es una estructura sistemática, blindada y protegida por las instituciones. Y yo no quiero participar en ella.

Hay muchas maneras de justificar el especismo, por ejemplo, utilizando precisamente a los animales como excusa para ello. En realidad, no hay una argumentación válida para justificar una injusticia, porque como su propio nombre indica es injusta, y algo que no es justo no se puede justificar, moralmente. Pero al encontrarse en la situación de tener que razonar sobre nuestros hábitos, sobre todo cuando están quedando claros como perjudiciales para los animales, más que justificar el acto uno se ve en la necesidad de justificarse a sí mismo como persona. Insisto en que no es este el objetivo al intentar concienciar sobre veganismo: no se critica a las personas, se critican las conductas. Esas que nosotros, los veganos, teníamos también antes de serlo.

Una de las respuestas más repetidas es la de que los animales son especistas: matan a otros animales de otras especies. El león se come a la cebra, y por tanto es una costumbre que nosotros podemos copiar. Pero en realidad los animales miran por sus propios intereses instintivamente para sobrevivir, más allá de si los perjudicados son de su especie o no. Curiosamente muchos animales se presentan olisqueándose el trasero, incluso violan y matan, algunos a sus propios hijos, y no son ejemplos justificables como para hacerlos nuestros. Si usamos el pretexto de que debemos copiar sus hábitos,